



PATRIMONIALIZACIÓN
DE LA NATURALEZA. EL
MARCO SOCIAL DE LAS
POLÍTICAS AMBIENTALES

Oriol Beltran, José J. Pascual
Ismael Vaccaro (Coordinadores)

9

CONTEMPLAR O VIVIR. SÍMBOLOS Y LEGITIMACIONES EN UN ESPACIO PROTEGIDO

VICTORIA QUINTERO MORÓN, JOSÉ MARÍA VALCUENDE DEL RÍO
JOSÉ ANTONIO CORTÉS VÁZQUEZ
Universidad Pablo Olavide

INTRODUCCIÓN

A finales de los años cincuenta, Juan Goytisolo (1985) denunció el olvido y la marginalidad de las tierras almerienses. Sus palabras compusieron un revelador retrato de los Campos de Níjar como un lugar de miseria. Dibujó una comarca donde desigualdades sociales, aridez y polvo sepultaban a sus habitantes: gentes tristes, hechas a largos lutos, éxodos y hambrunas; tierra de calimas, de páramos resecos y escuálidas manchas de vegetación.

Unas décadas después, en los ochenta, naturalistas, biólogos y geólogos describieron la peculiaridad de este espacio. Sus sierras volcánicas, las singularidades de su fauna, los endemismos más relevantes de su vegetación, la densidad inigualable de las praderas de posidonia de sus fondos marinos... La Naturaleza comenzó así a revelarse como la característica emblemática de este litoral. Al mismo tiempo, gentes del mundo del arte, literatos, escultores, pintores y fotógrafos venidos de Madrid, Barcelona y de otros lugares del norte de Europa fueron componiendo una imagen estética del lugar, ensalzando su belleza indómita, el dominio de la luz, los contrastes de colores y texturas. En poco tiempo se fue descubriendo un nuevo paraíso.

La imagen que prevalece hoy entre la mayor parte del público es esta última, es decir, la zona se considera como un lugar paradisiaco, con una exótica belleza similar a la del norte de África y con indudables valores naturales. Sin embargo no es una perspectiva compartida por todos los actores sociales. La Declaración por parte de la Junta de Andalucía, en 1987, de parte del Campo de Níjar como Parque

Natural Cabo de Gata-Níjar,¹ vino a poner freno al desarrollo incipiente de la agricultura de invernaderos y a ciertas expectativas de crecimiento urbanístico creadas en este espacio costero.² Pero, además, jugó un papel clave en la conformación del retrato de este espacio como paradisíaco y natural y, especialmente, en su difusión. Tal como asegura Xoaquin Rodríguez (2003), la designación de un lugar como espacio protegido no consiste sólo en la replantación y preservación de especies vegetales o animales sino que implica la creación de una “imagen cultural”. Una “composición” que puede ser construida como parte de la simbología nacional o local (Darby, 2000; Lowenthal, 1994; Mels, 2002; Tilley, 2006); pero, al mismo tiempo, las características de esa imagen hacen de estos espacios lugares idóneos para el consumo, se recrean como paisajes a contemplar (Urry, 1995).

La expansión de espacios protegidos en la Península Ibérica se inscribe en un conjunto de procesos de carácter global. Se ha señalado cómo la jerarquización territorial ubica a los países del sur de Europa en una posición de subordinación: Andalucía se define por su orientación a la industria del ocio y del turismo. Una industria que ha crecido vertiginosamente y en la que se ha producido una importante reconversión en el ámbito mundial desde los años ochenta (Santana, 2003). En este contexto, en palabras de Alexander Wilson (1992), el sistema turístico produce un repertorio variado de imágenes de la naturaleza, de tal modo que el turismo llega a organizar nuestra experiencia del mundo respecto a muchas culturas y paisajes.

¹ El Parque Natural Cabo de Gata-Níjar (Decreto 314/1987) se reparte entre los municipios de Almería, Níjar y Carboneras, en el extremo sur oriental de la Península Ibérica. Actualmente tiene una extensión de 49.630 ha, de las cuales 37.513 ha son terrestres y 12.117 ha son marinas (Decreto 418/1994). Confluyen otras figuras de protección de ámbito supranacional: zona ZEPA, Lugar de Interés Comunitario, Geoparque, Humedal RAMSAR, Reserva de la Biosfera, ZEPIM.

² A finales de los años 60 tuvo lugar una fuerte crisis del sistema agro-silvo-pastoril (Provansal y Molina, 1991) y el cierre de las minas de Rodalquilar (Níjar). Con ello, la secular sangría migratoria se vio acentuada. A partir de los años ochenta el Campo de Níjar comienza a poblarse de invernaderos, acelerándose su implantación en la década de los noventa. Las transformaciones socioeconómicas de este sistema son muy impactantes. Prueba de ello es cómo el municipio de Níjar ha pasado de 12.500 habitantes censados en 1991 a 26.000 en el año 2005, siendo además el 22% de esta población extranjera (IEA, Padrón habitantes).

La preservación de ciertos espacios, el modelo proteccionista de patrimonialización de la naturaleza, debe entenderse por tanto como un fenómeno político y económico. En este modelo, los grupos hegemónicos decretan, a través de complejas normativas y protocolos, grandes transformaciones en los usos y en el acceso a estos espacios. Unos cambios que afectan de modo diferente a los antiguos y a los nuevos usuarios de estos lugares. Hace ya un par de décadas que los científicos sociales vienen describiendo la conflictividad entre diversos agentes sociales y reflexionando en torno al papel de los colectivos locales en los espacios naturales (Anderson y Berglund, 2003; Boissevain y Theuma, 2000; De la Cruz, 2004; Escobar, 2000; González, 1993; Mulero, 2002; Pascual y Florido, 2005; Santana, 2003). En estas páginas seguiremos indagando en esta dirección, pero poniendo el acento en la disputa por las significaciones atribuidas a estos lugares.

Nos interesa explorar la dimensión simbólica en los procesos de patrimonialización vinculados a los espacios protegidos. En los análisis más frecuentes sobre los espacios naturales se incide en las normativas, la gestión y la acción política, pero se olvida la dinámica de las significaciones y resignificaciones. A menudo, además, se trata a los diferentes actores como polos antagónicos, sin tener en cuenta las influencias mutuas y las transformaciones en sus acciones y discursos a lo largo del proceso de patrimonialización. Al conjunto de actuaciones y discursos referidos a la protección, conservación, rehabilitación, reutilización, puesta en valor, difusión, etc. de un elemento o lugar es a lo que designaremos como “proceso de activación patrimonial” (Prats, 1997; 2006) o “proceso de patrimonialización” (Hernández y Ruiz, 2005; Pereiro, 2004). Ambos términos hacen incidencia en el carácter dinámico, procesual que tiene el patrimonio, y muy especialmente en su configuración como ámbito de interacción entre diferentes agentes que construyen y reconstruyen diversos significados (Quintero, 2005; 2007).

En este texto describimos los significados que unos grupos y otros atribuyen a la zona designada como Parque Natural Cabo de Gata-

Níjar, en Almería.³ Nos interesa observar el modo en que estos discursos e imágenes van evolucionando y ver hasta qué punto se influyen mutuamente. Pero, fundamentalmente, vamos a analizar la doble dimensión simbólica y política de objetos y lugares emblemáticos, acercándonos al modo en que la densidad de significados y la polarización emotiva vincula a los individuos y grupos a estos bienes y, al mismo tiempo, legitima unos usos deslegitimando otros.

1. LAS SIGNIFICACIONES DEL ESPACIO

El modo en que se describe un lugar, en que se seleccionan ciertos elementos –plantas, animales, construcciones, parajes– tiene indudablemente relación con las prácticas desarrolladas en el entorno, las formas de trabajo, los recorridos, los rituales, el modo en que los cuerpos se ubican en el medio... Las experiencias y la memoria compartida sirven para construir vínculos y definiciones sobre el espacio, sirven de argamasa de la identidad y la definición del grupo. En este contexto, la selección de determinados elementos no es ilimitada –aunque sí muy amplia–, ni arbitraria, ni casual, sino que conjuga experiencias, memorias y valores sociales. No obstante, dada la centralidad del territorio en las construcciones y definiciones identitarias, cualquier discurso, imagen o selección de elementos relacionados con este ámbito, tiene una fuerte carga política (Valcuende, 1998). Los hitos seleccionados y las significaciones atribuidas legitiman ciertas prácticas, usos y aprovechamientos del medio y también reflejan la estructura social, las posiciones de poder.

Tal y como se ha indicado, la delimitación de ciertos espacios como dignos de ser preservados, implica necesariamente un cambio en las significaciones, distintas de aquellas que se han atribuido históricamente. Unos nuevos significados que insisten en el valor de “naturaleza” de ese entorno y que construyen nuevos hitos, nuevos

³ Para el análisis que aquí se presenta los autores han desarrollado trabajo de campo intermitente en el Parque Natural Cabo de Gata-Níjar durante los años 2004-2007. Mediante entrevistas en profundidad y observación participante se han estudiado las perspectivas y posicionamientos de diversos colectivos de la zona. Se ha realizado con financiación del MEC a través el proyecto I+D “Recreaciones medioambientales en torno al turismo cultural y de naturaleza en Andalucía” (SEJ2004/SOCI06161).

emblemas, nuevas narrativas e imágenes del lugar. La forma en que se delimitan esos significados tiene sus cimientos en experiencias y prácticas de carácter global: vienen regidos por los sistemas científicos y turísticos. Son los científicos expertos los que determinan el valor de ciertas especies vegetales o animales o del sustrato geológico; son las necesidades de construcción de un destino turístico las que sirven para seleccionar ciertos parajes, algunos elementos arquitectónicos o determinada fauna.

Hoy día, en el Parque Natural Cabo de Gata-Níjar se confrontan dos imágenes dominantes sobre el territorio. Una de ellas recrea un medio hostil, seco y poco generoso, del cual sólo mediante la continua y sufrida intervención humana se han podido obtener escasos frutos. Este discurso es propio de la población autóctona, mayoritariamente agrícola, y se ancla en la experiencia cotidiana y en la memoria de un espacio que por su idiosincrasia siempre ha sido considerado marginal. La otra imagen dominante lo recrea como un espacio virgen, salvaje, excepcional, lleno de riqueza ecológica, geológica y paisajística. Éste es el discurso de la protección ambiental y el del paisaje auténtico y único para visitar. Grupos concienciados con el medio, nuevos pobladores foráneos, turistas y empresarios del turismo de naturaleza y técnicos y políticos de la administración ambiental coinciden en una misma forma de mirar el medio desde la posición de la contemplación y la revalorización postmaterialista de la naturaleza, el paisaje y el cuerpo.

En torno a ambas imágenes del territorio se articulan distintas propuestas y legitimaciones en relación al uso, acceso y derecho del mismo. Por un lado, tras las recreaciones de un espacio hostil y marginal, encontramos diversos grupos locales que ven en el desarrollo de invernaderos y del turismo de corte clásico dentro del parque, la mejor alternativa de futuro. Frente a ellos, toda una serie de otros actores sociales –administración ambiental, grupos “concienciados”, población foránea... – que, basándose en las recreaciones más naturalistas, se alinean tras las propuestas de protección y conservación del medio y su paisaje con expectativas de un uso turístico restringido y “de calidad”.

Sin embargo, a pesar de que estas dos formas de recrear el medio se presentan siempre como divergentes, enfrentadas y opuestas, los modos en que se definen son más dinámicos y complejos, menos encerrados en sí mismos. Es fundamental tener en consideración dos ejes: a) la idea de proceso, el carácter no estático de las definiciones del territorio y de la patrimonialización; y b) la influencia recíproca de los distintos agentes entre sí, puesto que, a pesar de construir discursos claramente enfrentados, en su contacto diario con los otros grupos van adoptando argumentos similares y se prestan mutuamente conceptos y lógicas de legitimación.

De este modo, si aplicamos la noción de patrimonialización como lugar de confluencia de distintos colectivos, podemos insistir en el poliedro de visiones, en cómo la disputa de significados y emblemas no es estática ni tiene fronteras definidas. En esta negociación de significados y en la adopción de emblemas se definen espacios identitarios, sentimientos de pertenencia al grupo, al tiempo que se legitiman unas prácticas y se desautorizan otras. Con tal propósito trazaremos, a modo de esbozos, un acercamiento a cuatro situaciones de disputa simbólica dentro del Parque Natural Cabo de Gata-Níjar. Unos ámbitos que nos sirven para ilustrar cómo diferentes actores sociales discuten el significado de algunos elementos considerados emblemáticos de este espacio.

2. SÍMBOLOS Y POSICIONAMIENTOS

2.1. El esparto: el poder de “los que saben”

Una de las políticas prácticas de conservación llevadas a cabo desde la administración ambiental en el Parque Natural Cabo de Gata-Níjar ha sido el establecimiento de limitaciones a la explotación del monte. Lo que históricamente habían sido tareas habituales, como la recolección de “collo” o esparto, hoy se perciben como prácticas perjudiciales. Tras esto, nuevas significaciones que se articulan respecto al medio sientan la base para legitimar tales limitaciones:

“Un espartal no es solo un espartal, sino también un sumidero de CO₂ magnífico, con gran valor de necromasa que crea mucho suelo y alberga mucha microfauna”
(Emilio Retamosa, Ex-director conservador).

Desde otro punto de vista, el esparto es también uno de los elementos característicos del litoral sur oriental de Almería. Aún cuando hay datos de su explotación en textos romanos, fue a partir de los siglos XVIII y XIX, cuando se desarrolla una fuerte demanda exterior de éste. Grandes propietarios latifundistas de la zona se interesaron en su explotación y muchas de las antiguas tierras del común ubicadas en el litoral nijareño, antes tenidas por poco rentables, pasaron a sus manos. Dentro de sistema de pluriactividad que caracterizaba a los campesinos de Níjar (Provansal y Molina, 1991), muchos trabajaron a jornal, bajo la severa vigilancia de los encargados, recorriendo los campos de esparto. Niños, mujeres y hombres desarrollaban esta labor en durísimas condiciones. “Se pinchaban las palmas de las manos, llenándose de ampollas hasta que se iban formando los callos” (Manuel, agricultor jubilado). El esparto desprendía un polvo que causaba una enfermedad ocular, el tracoma. De ahí deriva el apodo peyorativo de “legañosos” que han llegado a tener los almerienses.

Para muchos de los habitantes de Cabo de Gata-Níjar, el esparto es hoy un matorral que carece de valor, que crece en muchos lugares y que no es digno de ser preservado como algo especial. Sin embargo, las prácticas que han desarrollado históricamente en su comarca, como la recolección de matas, el laboreo de la tierra, la adecuación de las ramblas, etc. son medidas que han posibilitado históricamente la vida en este medio. Vida en el doble sentido, como modo de presencia humano y de determinados seres con valor: aves, hortalizas y frutales, pequeños mamíferos... La negación de estos significados no supone sólo la negación de la legitimidad de acceso y uso los recursos del territorio; lo es también de su memoria y su experiencia.

Se reivindica por parte de los campesinos autóctonos el conocimiento de la planta y, por extensión, de los montes donde crece, unos cerros que “se secan” si no se recoge el esparto. Este conocimiento está hecho de miseria y dolor, inscrito en el propio cuerpo o en el de sus antepasados –en las manos, en la espalda, en los ojos–. Surge así la ironía y la burla al referirse a los técnicos de la administración ambiental y sus conocimientos: “Los de Medio Ambiente, unos listos de Sevilla, que no es porque sean de Sevilla, pero que no saben” (Andrés, agricultor). “Los del AMA parece que... ¿Pues no te dicen

que no se puede arrancar el esparto? ¡Pero si el esparto cuanto más se arranca mejor crece!” (Antonio, agricultor).

A los nuevos significados y lecturas del entorno que expanden la administración ambiental y los científicos, los campesinos oponen su propia interpretación y un saber hecho de experiencia y de contacto directo con el monte. Si la toma de decisiones sobre un territorio se legitima a través del conocimiento científico, del saber formalmente reconocido, ese saber es puesto en duda, contestado por parte de los agricultores (Coca y Quintero, 2006). Esta reivindicación del saber campesino se está reforzando como un elemento fundamental de la identidad del colectivo de “autóctonos”, a pesar del abandono de las prácticas forestales y el cambio de actividades agrícolas. En este sentido, es fundamental comprender que si bien este discurso tiene una vertiente instrumental y política, conjuga al mismo tiempo una fuerte capacidad emotiva, que vincula a la tierra, a unas formas de trabajarla y quererla, a los vecinos que comparten la experiencia, a los antepasados que sufrieron esa miseria.

2.2. Los aljibes: la expropiación de la memoria

En un lugar donde llueve muy poco y siempre torrencialmente, la captación de agua es fundamental para el asentamiento humano. El litoral de Cabo de Gata-Níjar está salpicado de aljibes domésticos y ganaderos –a menudo en tenencia comunal–. Las transformaciones económicas, las nuevas infraestructuras hidráulicas y la minimización de las actividades agroganaderas han ido relegando estas construcciones, de modo que muchas de ellas están hoy abandonadas. En el contexto de políticas de conservación del Parque Natural, se ha activado la protección de estos aljibes, hoy considerados oficialmente bienes culturales por la Junta de Andalucía.⁴

Alrededor de estos aljibes se ha producido una fuerte resemantización, tanto por parte de la administración medioambiental como por parte de los nuevos pobladores de la zona (Quintero, 2007). Unos nuevos contenidos semánticos naturalistas y estéticos que, no casualmente,

⁴ Se ha realizado una inscripción Genérica Colectiva de 145 aljibes, norias, pozos y molinos de Parque Natural Cabo de Gata-Níjar en el Catálogo General del Patrimonio Histórico Andaluz, en 2001.

resultan ser idóneos para la explotación turística del territorio. Por un lado, una de las interpretaciones más frecuentes es de carácter naturalista, comparando los aljibes con las plantas autóctonas, que almacenan agua y la van consumiendo poco a poco. En esta lectura resalta el carácter adaptativo de la ocupación antrópica del medio. El hombre no ha construido este territorio, se ha limitado a subsistir adaptándose a él. Así, la patrimonialización de estas construcciones sirve para reafirmar las significaciones con las que la administración medioambiental define este espacio.

“Si tuviese que simbolizar a la Almería tradicional, lo haría sin duda con un aljibe. La lucha por la vida, aquí se traduce en la lucha por el agua (...). Más que un invento, es el resultado práctico de la observación natural. Almacenar para sobrevivir. Ese sería el lema extraído de la propia naturaleza” (Muñoz, 2001: 46).

Por otra parte, los nuevos residentes de la zona, muchos de ellos vinculados con el uso turístico del parque y con ciertos intereses artísticos, ponen de relieve el carácter estético de esta arquitectura, las texturas, las formas, el contraste de colores, su exotismo...

“La forma del aljibe me gusta muchísimo. Me parece muy bonito porque se conjunta, se integra, muy agradablemente con el paisaje en el exterior y por dentro es una calidad muy... esotérica, porque el techo está redondo” (Rudolf, empresario turístico).

Estas lecturas de los aljibes no son reconocibles para los campesinos de la zona. En ellas se niega su papel y el de sus antepasados como modeladores de este territorio, se minimiza su presencia y se da un papel secundario a sus actividades agrícolas, ganaderas o forestales. Para ellos, uno de los significados es mostrar el “saber hacer” que sus antepasados tenían a la hora de diseñar y construir estos bienes. Pero, fundamentalmente, la característica que define a sus aljibes es la funcionalidad. Son elementos con una función muy clara: almacenar agua de lluvia para poder desarrollar las labores necesarias para la subsistencia.

Estas visiones sustentan una actitud que ha sorprendido a los técnicos de la administración cultural: la negativa de muchos propietarios a que

se restaure su aljibe –con cargo íntegro a la Junta de Andalucía–. Sin embargo, para los nijareños permitir la restauración es dar la razón a aquéllos que niegan su papel y el de sus antepasados en este lugar. Se oponen a unas resemantizaciones que no son coincidentes con la memoria social de la que son depositarios y que avala sus identificaciones actuales. Una memoria que insiste en la dureza del trabajo de ayer –adecuación de las ramblas, limpieza de los lodos depositados en los aljibes, recorrer largas distancias con el ganado en busca de alimento y agua, etc.–, en la miseria, e incluso en la muerte, asociada a pozos y aljibes. La patrimonialización desarrollada por la administración supone, no la expropiación física del objeto, sino desposeerlos de su memoria, haciendo una lectura de su pasado que no es compatible con el presente, ni con las expectativas de futuro que tienen para sus hijos y nietos.

2.3. “La posibilidad de una isla”: los nuevos herederos

El francés Michel Houellebecq (2005) retrata en su libro “La posibilidad de una isla” el espíritu de aquellos primeros extranjeros llegados a Cabo de Gata. En una época en la que Níjar vivía una fuerte crisis agrícola y minera, fueron muchos los que llegaron a esta comarca desde el extranjero o desde ciudades como Madrid y Barcelona. El vacío generado por la crisis social y la emigración favoreció una nueva recreación del medio donde primaba una perspectiva intimista, individualista y romántica del mismo. Cabo de Gata atrajo a numerosos jóvenes, burgueses de izquierda, intelectuales, artistas y políticos; una élite social que durante años gozó de prestigio y de un nivel de vida claramente superior al general en la zona y que dejaron una impronta en la imagen de este espacio que hoy día permanece vigente. A través de la pintura, la fotografía y la escritura fueron plasmando y difundiendo sus impresiones sobre este espacio. El paisaje se fue asilvestrando y naturalizando discursivamente, se fueron sobreescribiendo historias y leyendas. La marginalidad pasó de ser una razón por la que huir de este lugar, a convertirse en un motivo para venir a vivir a él. Poco a poco, Cabo de Gata-Níjar se convertía en una “isla” en el tiempo y en el espacio, un

lugar excepcional donde la vida se había detenido, donde la modernidad no había llegado.

Hoy día, esta excepcionalidad está referida a los ecosistemas, a la historia, a la sociedad y la arquitectura, a la geología y al paisaje. Pero la excepcionalidad, desde el punto de vista de este colectivo, no tiene que ver sólo con el espacio, sino también con quien lo contempla, aprecia y consume, puesto que para apreciar sus valores se requiere de una “especial sensibilidad”. Aún más, excepcional es también la relación que se establece con el medio: solitaria, callada e íntima. El foráneo incide en la exclusividad de este espacio, su espacio, al verse y saberse “único” en él. Sólo desde la soledad se puede establecer una relación auténtica con el entorno; la “magia” y la “energía” de este lugar sólo se perciben en la intimidad. La experiencia corporal es un componente importante en la definición de la naturaleza (Macnaghten y Urry, 2001) entendida como una prolongación del propio cuerpo: “Aquí las rocas, al abrazarlas desnuda al salir del mar, hacen que te quedes pegada de la poderosa energía que transmiten” (Erika, empresaria turística).

Estos nuevos residentes están desarrollando un incipiente sentido identitario, se autodefinen a través de unos valores compartidos en cuanto a modos de vida, defensa de la naturaleza y salvaguarda de las peculiaridades y belleza de la tierra que habitan. La experiencia y la memoria como referentes emocionales no son dominio exclusivo de aquellos grupos que han tenido una vinculación histórica con la comarca de Cabo de Gata-Níjar, sino también de aquéllos que han venido de fuera y que han establecido relaciones particulares con este territorio.

Con la popularización del Parque Natural Cabo de Gata-Níjar como destino turístico, su aislamiento y marginalidad se ha puesto en entredicho en los últimos años. El notorio desarrollo turístico en los límites del Parque Natural, en muchos casos utilizando la imagen y el valor añadido de su cercanía, es el principal responsable hoy día del más que significativo aumento de visitantes. En 2005 el entonces alcalde de Níjar proclamaba, en unas Jornadas de Turismo, que iba a luchar porque el suyo no fuese el único municipio de la costa andaluza

sin urbanizaciones turísticas y campos de golf. Sin embargo, el discurso de los colectivos foráneos se opone a este desarrollo.

Frente a las argumentaciones de muchos sectores locales, que proclaman la necesidad del crecimiento turístico, los nuevos residentes venidos de fuera defienden que la preservación de esta tierra necesita de un turismo controlado, minoritario (y por definición caro). En su propia argumentación, se proclaman como auténticos depositarios de esta tierra, afirman su derecho a decidir sobre ella declarándose sus descubridores, o herederos de aquellos que lo hicieron. Desde su punto de vista, este era un lugar que estaba abandonado, vacío, en el que nadie quería estar y que fue descubierto, ensalzado, protegido y difundido por ellos. Sin ellos, sin los artistas, sin los extranjeros, sin los nuevos residentes, no sería lo que es, se dice. Tradiciones y mitos de origen son también recreados bajo el influjo de aquellos primeros extranjeros que llegaron a la zona.

La lógica de legitimación usada por este grupo es similar a la de los autóctonos: si éstos últimos recurren a sus antepasados y los padecimientos que pasaron; los primeros hacen alusión a la herencia, la filiación de aquellos primeros forasteros, a su sacrificio y su capacidad de recrear este lugar. Ello da derecho al territorio, a controlarlo y gestionarlo. Se proclaman así como los nuevos herederos de esta tierra.

2.4. Preservar la tierra: ¿quién es más ecologista?

Los discursos globales, el contacto con los grupos ecologistas, con los técnicos medioambientales, con los turistas... tienen su efecto en la población nijareña. La relación cotidiana con ellos hace que poco a poco las lógicas de la protección ambiental y del turismo se vayan incorporando, aunque no de forma acrítica, dentro del discurso local, a través de la apropiación de nuevos significantes y nuevos modos de legitimación. De este modo, ejemplos como el calentamiento global, la estética turística o la desertización se convierten en fenómenos familiares para ellos.

En Cabo de Gata-Níjar lo que principalmente se protege es la Naturaleza, pero, frente a las imágenes oficiales de ésta, para el nijareño sigue siendo sinónimo de agua, arboledas, huertas irrigadas e

incluso invernaderos. La actividad humana la que da valor a la tierra, la que posibilita que en este espacio haya Naturaleza. El nijareño reclama con ello que es un “naturalista”, que la cuida porque “le gusta la naturaleza”.

Más aún, el nijareño se siente “defensor de la naturaleza” y reclama que es él quien mejor conoce su tierra y quien mejor la cuida, conservando como “han conservado desde siempre” sus actuales rasgos ecológicos y naturales. El campesino aprende y aprehende las lógicas con las cuales se le limita el acceso y uso del espacio, y las incorpora a su propio discurso de cara a propuestas como la creación de invernaderos, la roturación de suelos o la recolección de especies vegetales. Esta dinámica va más allá, de modo que hoy se vuelve contra la administración ambiental y los grupos ecologistas, cuestionándose desde el discurso local sus actuaciones bajo el argumento de “ser perjudiciales con el medio”.

Como se ve, el dinamismo con el que estos pobladores autóctonos participan en el proceso de patrimonialización no está alterando su posicionamiento pero sí el contenido de fondo de su discurso y la lógica con la que se articula.

“Los invernaderos sólo son una protección climatológica contra el aire para la conservación de las plantas ¿me entiendes? Yo demuestro con fotografías, con las mismas cantidades litros de agua caída, en la misma época, con fecha y hora, te demuestro dónde ha habido agricultura, la hierba enorme de grande y dónde no se ha cultivado nunca, como el papel blanco” (Antonio, agricultor).

Un proceso similar siguen ciertos discursos foráneos asumidos como propios, un proceso documentado en otros contextos (Gray, 2002). Al fin y al cabo, la sociedad local no puede ser entendida como una realidad al margen de lo que acontece en otros ámbitos. De este modo, a la hora de argumentar el desarrollo agrícola frente al de urbanizaciones se dice que el primero “consume CO₂” y por lo tanto “reduce el efecto invernadero”, mientras que el segundo no; que la agricultura favorece la formación de suelo, y la construcción no; que las plantaciones de árboles “reducen el calentamiento global”, a la vez

que “dan cobijo a animales y personas”, y que limitarlo va en contra de las actuales tendencias y políticas ambientales.

Es central, por lo tanto, ver cómo la población local está incorporando en su discurso nuevas lógicas para la legitimación, pero que se asientan igualmente en un referente emotivo y de identidad con la tierra. La población local se ve a sí misma como “la más ecologista”, ya que ellos y sus antepasados han conservado este espacio tal y como está hoy. Se asimila, así, en su discurso la correspondencia entre quien respeta el medio y quien tiene derecho a decidir sobre él y, por lo tanto, la lógica a través de la cual, la tutela del medio no sólo recae en quien mejor lo conoce o quien lo ha heredado, sino quien más lo ha respetado y lo respeta.

“Aquí hemos sido más ecologistas que el que más. Aquí, la gente que ha vivido precisamente de eso, se tiraba al monte a coger cogollo y esparto y cogía la colilla y la ponía una piedra encima no sea que el viento se la llevara, porque al día siguiente había que volver allí. Más ecologistas que todos ellos” (José, agricultor).

CONSIDERACIONES FINALES

A través de los cuatro contextos a los que nos hemos aproximado en el Parque Natural Cabo de Gata-Níjar podemos comprobar el carácter dinámico, de negociación y conflicto que presentan los procesos de patrimonialización del medio. Uno de los aspectos más interesantes es precisamente comprobar cómo los diferentes grupos que participan en este proceso seleccionan referentes no siempre coincidentes, incidiendo en aspectos distintos. Elementos a través de los que se representa un colectivo pueden ser centrales para ese grupo y apenas tener significación para otros. Al mismo tiempo, ciertos emblemas o referentes pueden ser el nexo que articule desde la rivalidad u oposición las representaciones, no necesariamente coincidentes, de unos y otros colectivos.

En este carácter dinámico del patrimonio, uno de los fenómenos más relevantes es el modo en que las lógicas de legitimación son usadas por unos colectivos y otros, prestándose mutuamente argumentaciones y modelos en un proceso de “aprendizaje” mutuo. Tal y como hemos

podido ver en las páginas anteriores, no son sólo las poblaciones locales las que recurren a la idea de herencia o filiación para reivindicar sus derechos sobre el territorio. Los nuevos pobladores también construyen una vinculación mítica con el territorio, que se confronta con la lógica local aunque reproduce unos mismos parámetros. A su vez, no son sólo los foráneos los que adoptan un discurso naturalista y “ecologista”. La población local crea sus propios discursos a partir de los cuales reivindican el carácter sustentable de las prácticas “tradicionales”. Los modos y las lógicas con los que se reivindica el territorio se elaboran y reelaboran continuamente.

Por último queremos subrayar cómo, en toda esta dinámica de creación y recreación de imágenes y significados, hay un proceso paralelo de definición identitaria de diversos colectivos. Un proceso en el que se ponen en juego experiencias, memorias, afectos y emotividades. Tanto los colectivos agrícolas locales como los nuevos residentes refieren a vivencias y prácticas que han desarrollado en este territorio y que vinculan con fuertes emociones. Y si los campesinos nijareños tienen memoria del sufrimiento y la miseria de antaño, los nuevos pobladores foráneos tienen una sensibilidad especial, una capacidad única de conexión con esta tierra. Es llamativo cómo, si por una parte, la memoria de dolor y sufrimiento se rememora tatuada en las manos y ojos de los abuelos, por otra, las nuevas formas de conocimiento de esta tierra están también fuertemente corporeizadas. De este modo, unos significados y emblemas determinados legitiman unas prácticas y desautorizan otras, y sirven para reelaboran las posiciones de poder de unos y otros. Pero al mismo tiempo, esta dimensión no puede considerarse de modo segmentado ni puramente instrumental, sino en el contexto de las experiencias, las vivencias y las emociones con que se construyen, procesualmente, las identidades.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, G. y E. BERGLUND (2003) *Ethnographies of conservation. Environmentalism and the distribution of privilege*. Oxford, Berghahn

BOISSEVAIN, J. y N. THEUMA (2000) “Un espacio discutido: Planificadores, turistas, promotores y ecologistas en Malta” in M.A.

- ROQUE, (ed.) *Nueva antropología de las sociedades mediterráneas*. Barcelona, Icaria, pp. 291-318.
- COCA, A. y V. QUINTERO (2006) “Los de fuera claman por la naturaleza ¿Qué reclaman los de dentro?” in J.M. VALCUENDE y L.M. CARDIA *Territorialización, Medio Ambiente y Desarrollo en Brasil y en España*. Rio Branco, Universidade Federal Do Acre, pp. 319-348.
- DARBY, W.J. (2000) *Landscape and identity. Geographies of nation and class in England*. Oxford, Berg.
- DE LA CRUZ, R. (2004) “Patrimonio Natural y Reservas Marinas”. *Revista Pasos* 2 (2), pp. 179-190.
- ESCOBAR, A. (2000) “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: globalización o posdesarrollo” in A. VIOLA (ed.) *Antropología del desarrollo: Teorías y estudios etnográficos de América Latina*. Barcelona, Paidós, pp. 113-143.
- GONZÁLEZ TURMO, I. (ed.) (1993) *Parques Naturales Andaluces. Conservación y cultura*. Sevilla, Agencia de Medio Ambiente.
- GOYTISOLO, J. (1985) *Campos de Níjar*. Barcelona, Seix Barral.
- GRAY, L.C. (2002) “Environmental policy, land rights, and conflict: rethinking community natural resource management programs in Burkina Faso”. *Environment and Planning D: Society and Space*, 20, pp. 167-182.
- HERNÁNDEZ, M. y E. RUÍZ (2005) “Apropiación patrimonial en contextos mineros en Andalucía”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 60 (2), pp. 103-127.
- HOUELLEBECQ, M. (2005) *La posibilidad de una Isla*. Barcelona, Alfaguara.
- LOWENTHAL, D. (1994) “European and English Landscape as National Symbols” in D. HOOSON (ed.) *Geography as National Identity*. Oxford, Blackwell.
- MACNAGHTEN, P. y J. URRY (ed.) (2001) *Bodies of Nature*. Londres, Sage.

MELS, T. (2002) "Nature, home and scenery: the official spatialities of Swedish National Parks". *Environment and Planning D: Society and Space*, 20, pp. 135-154.

MULERO, A. (2002) *La protección de espacios naturales en España: antecedentes, contrastes territoriales, conflictos y perspectivas*. Madrid, Mundi-Prensa.

MUÑOZ, J.A. (2001) "Cultura del agua. Aprovechamiento hidráulico integral en un entorno tradicional de extrema aridez. Campos de Níjar (Almería)". *Narria*, 89-92, pp. 12-21.

PASCUAL, J. y D. FLORIDO (eds.) (2005) *¿Protegiendo los recursos? Áreas protegidas, poblaciones locales y sostenibilidad*. Sevilla, Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español.

PEREIRO, X. (2003) "Patrimonialização e transformação das identidades culturais" in J. PORTELA y J. CASTRO, J. (coords.) *Portugal Chao*. Oeiras, Celta.

PRATS, L. (1997) *Antropología y Patrimonio*. Barcelona, Ariel.

— (2006) "La mercantilización del patrimonio: entre la economía turística y las representaciones identitarias". *PH Boletín*, 58, pp. 72-80.

PROVANSAL, D. y P. MOLINA, P. (eds.) (1991) *Etnología de Andalucía Oriental*. Barcelona, Anthropos.

QUINTERO, V. (2005) "El patrimonio intangible como instrumento para la diversidad cultural ¿una alternativa?" in G. CARRERA y G. DIEZT *Patrimonio inmaterial y gestión de la diversidad*. Sevilla, IAPH, pp. 68-83.

— (2007) *Conflictos y negociaciones en torno al patrimonio etnológico en Andalucía*. Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla.

RODRIGUEZ, X. (2003) "La cultura como paradigma para la conservación de la naturaleza" in *Actas del IX Congreso de Antropología de la FAAEE*. Barcelona, ICA, FAAEE.

SANTANA, A. (2003) "Mirar y leer: Autenticidad y patrimonio cultural para el consumo turístico" in A.M. NOGUÉS (coord.) *Cultura y turismo*. Sevilla, Signatura.

TILLEY, C. (2006) "Introduction: Identity, Place, Landscape and Heritage". *Journal of Material Culture*, 11 (1/2), pp.7-32.

URRY, J. (1995) *Consuming Places*. Londres, Routledge.

VALCUENDE, J.M. (1998) *Fronteras, territorios e identificaciones colectivas*. Sevilla, Fundación Blas Infante.

WILSON, A. (1992) *The Culture of Nature*. Cambridge, Blackwell.